

los principios de la cámara de los representantes; pero no pareció su auditorio tomar estas aprensiones de Mr. Fouché por lo serio. Por lo demás, el duque de Wéllington le respondía que en último caso tenía á sus órdenes ingleses y prusianos aun cuando desearan hacer de ellos el menor uso posible. Respecto del informe de los plenipotenciarios, el duque de Wéllington dijo que se habían engañado ó habían engañado á la comisión ejecutiva, y enseñó las cartas de lord Stewart, presente en la entrevista verificada en Haguenu, las cuales no dejaban ninguna duda sobre los sentimientos de los soberanos; añadiendo que no era necesario una nueva declaración de Luis XVIII toda vez que bastaba la de Cambray, y exigir otra era hacer divagar á la monarquía. Por último, al tratarse de la cuestión de la amnistía, el duque de Wéllington y Mr. de Talleyrand manifestaron á Mr. Fouché lo esencial. «La amnistía, le dijeron, sois vos, vos en el ministerio de la Policía. ¿Cuál es el hombre de la revolución que podrá temblar al veros al frente del ministerio de los rigores?» Con efecto, parecía que en el mero hecho de ser admitido por el rey un regicida, nadie podía abrigar la menor inquietud. Pero si estaban dispuestos á perdonar á los que habían inmolado á Luis XVI, no sucedía lo mismo respecto de los presuntos autores de la revolución de 20 de marzo. Mr. Fouché lo adivinaba, y en cuanto á éstos no les valía su presencia en el gobierno; pero le hablaron con un tono tan absoluto, y por otra parte le ofrecieron un presente tan agradable, que no se atrevió á insistir. Además le hicieron comprender que el mantenimiento de los tres colores sería un ultraje á Luis XVIII y se sometió á esta opinión, obteniendo por toda concesión su nombramiento para ponerse al frente del más temible de los ministerios.

Todos se sentaron á la misma mesa y después se trasladaron á Arnouville para presentar á Mr. Fouché á Luis XVIII. Esto era lo que más deseaba Mr. Fouché, lo que no había podido conseguir durante la primera restauración, y experimentó una satisfacción vivísima, creyendo al encontrarse en presencia del monarca, que no sin gran trabajo se decidió á recibirle, que el estigma del regicida había desaparecido de su frente. El rey, que había estudiado su papel, según acostumbraba á hacer en las ocasiones graves, acogió á Mr. Fouché con una gran finura y como si no hubiera conocido más que una de las épocas de su vida. «Me habéis prestado muchos servicios, le dijo, y espero que aún me prestaréis más. Hace ya mucho tiempo que deseaba agregaros á mi gobierno; por fin lo consigo y espero que me serviréis con utilidad y fidelidad.» Mr. Fouché se inclinó con la humildad de un hombre que recibe su perdón, y mereció en aquel momento las exageraciones de sus enemigos al permitir que le dieran gracias por traiciones que no había cometido, á lo menos en su totalidad. Salió lleno de gozo de esta entrevista y atravesó por un mar de cortesanos; ávidos de contemplar á un personaje á quien creían una especie de monstruo útil, del cual, decían, quería servirse el rey, porque pondría la monarquía al abrigo de nuevas catástrofes. Los hombres juiciosos de esta corte sintieron que no se hubiera querido conceder un poco más de libertad, mejor que no aceptar los servicios de Mr. Fouché. El duque de Wéllington, que aprobaba el nombramiento del duque

de Otranto, pero que había vivamente insistido en que se adoptase por los realistas la bandera tricolor con el fin de no dejar á los enemigos de los Borbones una bandera tan popular, exclamó con una especie de despecho: «¡Qué gentes! ¡Es más fácil hacerles aceptar un regicida que una idea razonable!»

Al regresar Mr. Fouché á París, experimentó algún aprieto para manifestar á sus colegas todo lo que tenía que decirles. Les había anunciado sus entrevistas con los jefes de la coalición, tomando por pretexto su deseo de evitar una segunda restauración, ó por lo menos de contribuir á que se verificase, si era preciso, bajo las mejores condiciones; pero anunciarles definitivamente que los Borbones debían ser recibidos, que no había conseguido que se reemplazase la declaración de Cambray por otra nueva, que se decretase la amnistía, que se conservase la bandera nacional ni las cámaras existentes, y que todas las garantías obtenidas se reducían á una cartera para él, anunciar estas cosas era sumamente difícil.

Sin embargo, como necesitaba concluir de una vez, les declaró que los plenipotenciarios procedentes de Haguenu se habían engañado; que nunca habían pensado las potencias europeas dejar á la Francia elegir otra dinastía que la de los Borbones; que la reserva observada en este particular no era más que una falsa apariencia; que era preciso recibir á Luis XVIII sin pérdida de tiempo; que por lo demás se cumpliría todo cuanto Mr. de Talleyrand había ofrecido, es decir, abandono de la ley relativa á la imprenta, algunas modificaciones en la Carta, unidad de ministerio, olvido del pasado, y como prueba del olvido el nombramiento de Mr. Fouché para desempeñar el cargo de ministro de la Policía. Singular confesión para hacerla delante de sus colegas. Con todo Mr. Fouché la hizo, protestando que había aceptado este papel por pura adhesión á los hombres de la revolución, del imperio y del 20 de marzo, y que sólo con el fin de salvarlos había consentido en ser ministro de Luis XVIII. Decía más verdad de lo que parecía, en cuanto á la intención, porque sólo él entre las personas que entonces se veían amenazadas, podía salvar á las que estaban irrevocablemente destinadas á la venganza de la emigración, y si quería antes que nada permanecer en el apogeo del poder, era porque deseaba justificarse de la baja de su conducta, impidiendo el mayor número de sacrificios posible.

Esta excusa cierta, pero indigna, porque no es permitido que uno mismo haga el daño á medias para evitar que los demás lo completen, no podía obtener gran éxito en el seno de la comisión ejecutiva. Mr. Quinette y Mr. Grenier, personajes inactivos, y Mr. de Caulincourt, personaje desanimado, guardaron silencio. Pero Carnot impetuoso, inconsecuente por generosidad, habiendo hecho lo preciso para restablecer á los Borbones y no sabiendo soportarlos, se acaloró, habló de traiciones cometidas y llegó hasta á ultrajar á monsieur Fouché, sin lograr alterar la impasibilidad de su colega en el que nunca hacía subir la sangre á la cabeza la arrogancia de su alma. Sin fe, sin dignidad, pero sin maldad, el duque de Otranto había sido escogido por la Providencia para servir en esta nueva revolución de intermediario entre los que querían imponer el gobierno de los Borbones y los que consentían en sufrir-

lo, unos y otros sin aparecer con los sentimientos que abrigaban. Triste comedia en la que sólo triunfaba la naturaleza de las cosas, siempre lógica y siempre invencible.

Después de lo que había sucedido, no podían continuar una hora más Mr. Fouché y sus colegas en presencia los unos de los otros. Convinieron, pues, en presentar su dimisión á las dos cámaras, y así lo hicieron sin perder un instante. La cámara de los pares se separó sin decir una palabra, para no volver á reunirse. La de los representantes guardó también silencio al recibir la dimisión de la comisión ejecutiva; pero persistió representando la triste comedia de discutir una Constitución que, más efímera que ninguna de cuantas se han conocido, no debía subsistir veinticuatro horas. Mr. Fouché, de acuerdo con el general Dessoles, otra vez comandante de la milicia nacional, escogió en esta milicia hombres cuyas opiniones realistas garantizaban su conducta, y les encargó que ocupasen las avenidas del palacio legislativo para impedir la entrada en él á los representantes. Se insertó en el *Monitor* un decreto que declaraba la disolución de las cámaras y la entrada de Luis XVIII el día 8 de julio por la tarde, Mr. Fouché acudió nuevamente por la noche á anunciar al rey que todo estaba dispuesto para su recepción, y le acogieron como al hombre á quien los Borbones debían mayores servicios después del vencedor de Waterloo.

Terminemos este triste relato y añadamos que, así como la cámara de los representantes no sobrevivió apenas quince días á Napoleón, Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché no sobrevivieron más que algunos meses á la cámara, y fueron el uno investido con un elevado cargo de corte, y el otro condenado á un destierro simulado, á reunirse en la inacción ó en la desgracia con todos los grandes actores de la revolución y del imperio. Este fué el beneficio que recogieron los unos y los otros de la tentativa del 20 de marzo, tan deplorablemente terminada el 8 de julio y conocida bajo la designación generalmente admitida de los *Cien días*. Napoleón ganó con ella una prisión cruel y una derrota como nunca había sufrido otra igual; las cámaras, que le habían destronado, dos semanas desempeñando el papel más humillante que pueda darse; Mr. Fouché, que las engañó y disolvió, el destierro y una reputación manchada; Ney y La Bedoyere, una muerte trágica; la Francia, una segunda invasión, la pérdida de la Saboya y de muchas plazas importantes, la privación de obras de arte, una contribución de dos mil millones de francos, una larga ocupación extranjera, el desbordamiento de lamentables pasiones y nadie, en fin, ganó un poco de gloria verdaderamente pura á no ser el ejército que expió sus faltas con un heroísmo incomparable. La historia debe, pues, revestirse de toda su severidad contra una tentativa tan desastrosa; pero para juzgarla bien es necesario abarcarla en su conjunto, es decir, en sus causas y sus efectos, que es lo que vamos á hacer para terminar este libro.

Al arrebatarse las potencias coligadas en 1814 el imperio francés de las manos de Napoleón, le dejaron la posibilidad de volver á recuperarle permitiéndole establecerse en la isla de Elba, y no tardaron en inspirarle la tentación con su modo de obrar. Era imposible que asistiese tan de cerca á las escenas de avidez que tenían lugar en Viena, á las de reacción que se verificaban en

París, sin querer aprovecharse de las torpezas que notaba. Para no suceder esto era preciso que la ambición, por entonces tan animada en todas partes, se extinguiese en el corazón más ambicioso, el más atrevido que ha existido en el mundo. Napoleón abandonó, pues, la isla de Elba, desembarcó en Francia, y á su vista el ejército, los funcionarios, los poseedores de bienes nacionales corrieron á agruparse en torno suyo, y él por su parte se aprovechó con una habilidad superior de todas las ventajas que sus enemigos le habían proporcionado. Su marcha desde Cannas á Lyon fué un prodigio, pero al pedirle cuenta de una tentativa que debía ser tan funesta para la Francia, es preciso pedírsela también á los que con sus desaciertos y sus pasiones le inspiraron la idea y le prepararon los medios de llevarla á cabo.

Al entrar en París se detuvo Napoleón, en vez de proseguir hasta el Rhin su marcha triunfal. Propuso la paz, la propuso de buena fe y con una especie de humildad que convenía á su gloria. Sólo le respondieron con un silencio ultrajante. Persistió de nuevo, pero esta vez empezó ya á hacer grandes preparativos. Escogiendo con un tacto seguro en los restos del ejército francés los elementos que todavía podían ser empleados con éxito, formó con los soldados procedentes del extranjero, con los oficiales de reemplazo, un ejército activo de trescientos mil combatientes, y para poder disponer de él por completo reunió en las plazas cerca de doscientos mil milicianos movilizados, escogidos en las provincias fronterizas entre los hombres que anteriormente habían servido y que por su adhesión, su edad y su fuerza física podían prestar un inmenso servicio al país. Al mismo tiempo rodeó la capital con quinientos cañones, reunió en ella los depósitos, los marinos, los veteranos y resolvió apoyándose en París fortificado, y operando en el exterior con doscientos mil hombres, hacer frente al enemigo. Llegando á París el 20 de marzo, concibió y ordenó estos planes desde el 25 al 27, los mandó ejecutar primero silenciosamente en las oficinas, después cuando las manifestaciones de Europa no dejaron duda los publicó, y en vez de adormecer á la Francia sobre sus peligros, se los dió á conocer llamando á todos sus habitantes á las armas.

No podía hacerse nada mejor, ni más, ni con mayor premura.

En el interior obró con la misma franqueza, con la misma habilidad, pero con la misma desgracia. En el exterior, en vez de la guerra que todos esperaban, ofreció la paz sin ser escuchado, porque no inspiraba ninguna confianza. En el interior, en vez del despotismo que esperaban de su dominación, ofreció la libertad sin que tampoco le creyeran. Si no hubiera ido de buena fe hubiera tenido un medio muy sencillo para zanjar las dificultades, el de convocar una constituyente, entregándola á la confusión de los sistemas que dominaban. De este modo la hubiera puesto en ridículo, quedando después dueño de la situación. Pero, por el contrario, llamó inmediatamente al escritor más reputado del partido liberal, Mr. Benjamín Constant, su enemigo declarado, y no disputando con él sobre ninguno de los principios esenciales que formaban la verdadera monarquía constitucional, le confió la misión de comprenderla por completo en el *Acta adicional*. El título no era el más á propósito, porque recordaba demasiado el primer impe-

rio, pero bastaba con leer el *Acta adicional* para reconocer que no tenía nada que ver con el primer imperio y que era simplemente la verdadera monarquía constitucional, la que desde hace dos siglos afianza la libertad y la grandeza á la Inglaterra. Pero la desconfianza era tan general que sólo por su título fué condenada el *Acta adicional*, creyéndose hallar de nuevo en ella al déspota de 1811 con toda la extensión de su poder. Sin embargo, era preciso procurar vencer la incredulidad universal, como muy en breve iba también á procurarse vencer á la Europa coligada. Había entonces un hombre que gozaba de gran crédito entre los amigos de la libertad, Mr. de Lafayette, el cual, haciendo justicia al *Acta adicional*, decía que no creería en ella hasta que fuese puesta en práctica, es decir, hasta que fuesen convocadas las cámaras. Napoleón se resistió, manifestando que unas cámaras nuevas y en modo alguno acostumbradas á las situaciones extremas no podrían asistir con firmeza á los horrores de la guerra, y que en vez de secundar al gobierno serían con su turbación la causa de su pérdida. Insistieron los liberales y Napoleón convocó las cámaras para que se creyese en su sinceridad, cometiendo de este modo una torpeza imperiosamente exigida por la falsedad de su situación. Se ha dicho que todo esto era fingido y que Napoleón no cedía más que para tener un apoyo momentáneo sin perjuicio de deshacerse de él en cuanto le hubiera servido. No hay duda en que las profundidades de un alma como la suya son muy difíciles de penetrar y cada uno puede juzgarlas á su manera. Por nuestra parte creemos en el genio de Napoleón, y su genio le decía que en el estado de las sociedades modernas era preciso permitirles que se gobernarán solas con arreglo á su prudencia; que un hombre, un hombre muy grande, podía al día siguiente de los más graves trastornos tener la pretensión de dominarlos un momento; que este momento había pasado para él, y que sus mismas faltas habían abreviado su duración. Por lo demás, enteramente ocupado en vencer á la Europa, cifrando en esto toda su pasión, no se cuidaba apenas de saber lo que le dejarían después de la guerra, diciéndose que en todo caso tendría bastante para su hijo con lo que le dejaran. Con todo, si se pregunta qué es lo que hubiera hecho volviendo vencedor, nosotros responderemos que estas preguntas referentes á lo que hubiera hecho un hombre en tal ó cual circunstancia no realizadas son siempre bastante pueriles, porque su solución es puramente conjetural; que la libertad de hecho debe recibirse de cualquier mano sin perjuicio de emplearla del mejor modo posible; que con las grandes inteligencias se cuestiona menos que con las medianas, porque las controversias se limitan á los puntos esenciales; y por último, que si la ardiente naturaleza de Napoleón se agitaba, se enardecía bajo el penetrante agujón de la libertad, no hubiera obrado peor que todos los príncipes que han intentado ensayarla en Francia y que han sucumbido por no haberla aceptado con todas sus consecuencias.

Por lo demás, todos estos son problemas insolubles. Lo que es verdad es que Napoleón otorgó en toda su extensión la monarquía constitucional, que se negaron á creerle, justo castigo de su pasado, y que para hacerse creer tuvo que poner acto continuo en práctica esta monarquía convocando inmediatamente las cámaras. Es-

tas cámaras fueron compuestas de hombres francamente adictos á la dinastía imperial y á la libertad; pero llegaron dominadas por el sentimiento público de la desconfianza, y temieron más que nada aparecer supeditadas al déspota corregido de sus hábitos anteriores. En todo tiempo se las vió demostrar una singular susceptibilidad, y en vez de presentarse unidas con el poder ante la Europa, apresurarse á crearle obstáculos en lugar de prestarle su apoyo. Los ministros, escogidos entre los personajes que gozaban de mayor consideración, los más dignos de aprecio, Davout, Caulaincourt, Carnot, Cambaceres, habían aprendido á ejecutar las voluntades de un dueño absoluto, no á persuadir á una corporación de hombres, y fueron tan torpes como las cámaras eran descontentadizas. Viendo Napoleón surgir el desacuerdo cuando necesitaba de la unión para salvar á la Francia, se apresuró en ir á buscar en los campos de batalla el ascendiente que le faltaba para dominar los ánimos. Dos planes se presentaban á su elección: uno defensivo, consistente en esperar al enemigo con los muros de París fortificados, maniobrando delante de la capital con doscientos cincuenta mil combatientes; y otro ofensivo, consistente en salir al encuentro de las dos columnas invasoras, caer sobre la que se hallaba á su alcance, vencerla, y dirigirse después hacia la otra con todo el prestigio de la victoria. El primer plan era el más seguro, pero lento y doloroso, porque permitía la invasión de las más hermosas provincias de la Francia. El segundo, por el contrario, era aventurado, pero pronto, decisivo si salía bien, y el gran jugador quiso lanzar los dados al aire sin perder un momento.

Ya saben nuestros lectores lo que sucedió en esta campaña de tres días. Después de reunir ciento veinticuatro mil hombres y trescientos cincuenta cañones sin que el enemigo que se hallaba á dos leguas de distancia se apercibiese, salió á campaña el 15 de junio por la mañana, sorprendió á Charleroy, atravesó el Sambra, y como lo había previsto, encontrando entre los ingleses y los prusianos un espacio abandonado, se colocó en él, logró combatir aisladamente á los prusianos en Ligny mientras que enviaba á Ney á los Quatre-Bras para que se opusiera á los ingleses. Si Ney, menos agitado por las pruebas á que había estado sometido en aquel año, hubiera obrado con su acostumbrada decisión, los ingleses hubieran sido rechazados en los Quatre-Bras, y la batalla de Ligny hubiera producido por consecuencia la destrucción completa del ejército prusiano. Por desgracia Ney, aunque siempre heroico, titubeó, y el resultado no fué tan grande como hubiera debido ser. Sin embargo, el plan de Napoleón triunfó en su parte esencial. Los prusianos estaban vencidos y separados de los ingleses. Confiando Napoleón á Grouchy el cuidado de seguirlos, avanzó hacia los ingleses y los alcanzó. Una tempestad espantosa retardó la batalla del 18, que no comenzó hasta el mediodía. Todo auguraba su éxito, el plan del jefe, el ardor de las tropas; pero desde el principio se presentó por la derecha el espectro del ejército prusiano, al que Grouchy debía seguir y al que no siguió. Napoleón se vió entonces obligado á dividir su ejército y su talento para hacer frente á dos enemigos á la vez. Mientras que con una prudencia profundísima y una firmeza imperturbable procuraba sacar partido de sus fuerzas y conservarlas para desembarazarse de los prus-

sianos y volver luego á combatir con los ingleses, Ney, no pudiendo ya contenerse, prodigó antes de tiempo la caballería francesa, que era el más precioso recurso de Napoleón, y en el momento en que habiendo triunfado de las dos terceras partes del ejército prusiano iba el emperador á reunirse á Ney para acabar con el ejército inglés, se vió asaltado de repente por el resto de los prusianos, que Grouchy, á pesar de los clamores de sus soldados, dejó pasar, y después de haber hecho prodigios de tenacidad perdió una verdadera batalla de Zama! De este modo quedó rota para siempre su espada.

¿Había cometido en todo esto alguna torpeza? Militar ninguna; todas eran políticas ó morales, y hay que buscarlas en todas las que había cometido en su reinado. Estos generales turbados sin dejar de ser valientes; estos soldados fanáticos combatiendo antes de recibir órdenes, y después de un sublime esfuerzo de heroísmo cayendo en una confusión espantosa; estos enemigos prefiriendo desde el primero hasta el último morir antes que ceder, todo esto era obra de Napoleón, su obra de quince años, pero no de tres días, porque durante estos tres días no había dejado de ser el gran capitán.

Al replegarse hacia Laón hubiera podido reorganizar su ejército en este punto dejando divagar á las cámaras que no hubieran podido arrancarle de su caballo de batalla. Pero Grouchy no daba señales de vida. Estaba en salvo y se ignoraba: Napoleón debió creer que permaneciendo en Laón no tendría que hacer más que correr en busca de los prófugos. Si hubiera sabido que en tres días podía contar con sesenta mil hombres reanimados hasta el punto de volverse furiosos, se hubiera esperado. Pero viéndose allí sin soldados se trasladó á París para pedir nuevas fuerzas á las cámaras, aunque confiando muy poco en que se las darían, porque al siniestro resplandor del sol poniente de Waterloo había leído todo su destino. Al llegar á París su presencia inspiró á todos los ánimos un pensamiento que era muy natural. Este hombre había comprometido á la Francia con la Europa y la comprometía aún gravemente. Pudiendo protegerla, el peligro no era tanto; pero no siéndole posible ó no sabiendo ya vencer, se convertiría en un peligro sin compensación. El sentimiento general fué que debía separarse la Francia de Napoleón, y le pidieron que presentase su abdicación teniendo suspendido sobre su cabeza el destronamiento.

Napoleón podía disolver la cámara de los representantes; tenía derecho para hacerlo, y si hubiera esperado salvar al país, hasta hubiera debido tomar esta determinación. Pero aun teniendo detrás de sí á las cámaras y á la Francia fuertemente unidas, apenas hubiera podido oponer resistencia al enemigo: reducido á intentar una especie de golpe de Estado contra las cámaras que contenían á su propio partido, el partido liberal y revolucionario, no contando en su favor más que con la parte enérgica, pero violenta de la población, obligado á servirse de ella para atacar á las clases elevadas, hubiera parecido un soldado furioso, defendiendo su antigua tiranía con los restos del bonapartismo y de la demagogia expirantes. Con estos recursos no era posible salvar á la Francia. Dudando del éxito, disgustándole el medio, renunció á toda tentativa de este género. En aquel instante un hombre sin maldad, pero sin fe, Mr. Fouché, sin apego á los Borbones, que le despre-

ciaban, con menos afecto aún hacia Napoleón, que le contenía, queriendo hacer papel en todas partes, aun en medio del caos, este hombre, decimos, supo aprovecharse de la primera ocasión que vió propicia para deshacerse de Napoleón y desencadenó el patriotismo de Mr. de Lafayette anunciándole, lo que era falso, que la cámara de los representantes iba á ser disuelta. Mr. de Lafayette denunció este proyecto, y la cámara, dominada por la idea de que era preciso arrancar la Francia, aunque estuviese sangrienta, de las manos de Napoleón, declaró traidor al que intentase disolverla, y colocó á Napoleón entre la abdicación ó el destronamiento.

Por nada de esto era culpable la cámara de los representantes y sólo podía acusarse de no reconocer la verdad de las cosas, esto es, la imposibilidad de cualquier resistencia faltando Napoleón, la necesidad de concluir cuanto antes la paz, y para esto de llamar á los Borbones procurando exigirles las mayores garantías en favor de la libertad y de las ilustres cabezas comprometidas. El intrépido Davout con el simple criterio de un soldado comprendió la dificultad de la guerra sin Napoleón, y propuso el regreso de los Borbones, no por medio de la intriga, sino presentando á las cámaras una franca declaración; pero este modo de obrar no convenía á Mr. Fouché.

Sin dejar de entenderse secretamente con los realistas, miró hacia todos lados para buscar otra solución que la de su triunfo, y no hallándola concluyó por aceptar á los Borbones tendiéndoles ocultamente la mano para que depositasen en ella el premio que merecían sus equívocos servicios. Pero prolongando de este modo la crisis la hizo humillante para todos, porque una vez humillado Napoleón, la asamblea se puso en ridículo creyendo sobrevivirle y no alegando en su defensa más que los derechos del hombre; Carnot proclamando la imposibilidad de defender á París y no queriendo sin embargo á los Borbones; Mr. de Lafayette juzgando que las potencias aliadas aceptarían la república ó la dominación de cualquier otra dinastía, expusieron al mismo ridículo su noble vida; y por último Mr. Fouché, el hábil de los hábiles, el hombre que parecía haber jugado con todo el mundo, con Napoleón, con la asamblea, con sus colegas, fué víctima á su vez tres meses más tarde; despedido, desterrado, unió lo odioso al ridículo, concluyendo tristemente su carrera sin poder presentar al tribunal de la historia más que una excusa, la de haber empleado la cartera de la Policía, tan indignamente aceptada de los Borbones, en no hacer más daño que el imprescindible, triste excusa, porque es indigno en un hombre honrado hacer mal, mucho mal, para impedir que otros hagan más daño aún. ¡Deplorables escenas, que eran para los Borbones y para los realistas un cruel desquite de lo que habían sufrido el 20 de marzo! En vista de este espectáculo no puede menos de creerse que hubiera valido cien veces más que los Borbones no hubieran sido expulsados el 20 de marzo, porque entonces Napoleón no hubiera contado en su vida la jornada de Waterloo; porque la cámara de los representantes no hubiera visto su recinto cercado por las bayonetas enemigas; porque la Francia no hubiera sufrido por segunda vez la presencia del extranjero, imponiéndola contribuciones exorbitantes,

despojándola, humillándola. Pero para que no hubiera sucedido esto, hubiera sido preciso que Napoleón no abandonase la isla de Elba aun cuando debiese morir en este punto escribiendo sus grandes acciones; que los revolucionarios en vez de procurar echar por tierra á los Borbones se hubiesen esmerado en obtener de su mano la libertad por medio de largos y pacientes esfuerzos; que los Borbones por su parte no hubiesen procurado ultrajar á los revolucionarios, engañar á los liberales, alarmar todos los intereses y descontentar al ejército, ó lo que es lo mismo, hubiera sido preciso que todo el mundo hubiera obrado con juicio. ¡Pueril quimera, nos dirán!

Con efecto, es tan pueril que hasta llega á desesperar á los que quieren deducir de la experiencia lecciones útiles y provechosas. Pero con todo, no nos desanimemos. De las lecciones de la experiencia queda poco, es

verdad, muy poco, ¡mucho menos que la sangre que ha vertido, que los dolores que ha experimentado! Pero este poco, acumulado de generación en generación, concluye por formar lo que se llama la sabiduría de los siglos y hacer que los hombres, sin ser expertos, lo que no serán nunca, sean menos ciegos, menos injustos, los unos para los otros. Es necesario, pues, perseverar y buscar, aun en los más dolorosos sucesos, nuevos motivos para aconsejar á los hombres y á los partidos la razón, la moderación, la justicia. Aunque sólo evitásemos una falta, una sola, no por eso deberíamos retroceder. Y nosotros que hemos podido temer en 1848 una reproducción de 1793 y que afortunadamente no hemos presenciado nada semejante, no perdamos la confianza en las lecciones de la historia, y démoslas siempre, para que algunas veces á lo menos sirvan de utilidad.

LIBRO SEXAGÉSIMO SEGUNDO Y ÚLTIMO

SANTA ELENA

Irritación de los Borbones y de los generales enemigos contra Mr. Fouché, á quien acusan de haber contribuido á la evasión de Napoleón. - Viaje de Napoleón á Rochefort. - Acogida que le dispensan en el camino y en el mismo Rochefort. - Prolonga su permanencia en la costa con la esperanza de que ocurra algún suceso imprevisto. - Durante un momento piensa en correr á ponerse al frente del ejército del Loira. - Renuncia á esta idea. - Diversos medios de embarco que le proponen. - Napoleón concluye por rechazarlos todos y envía un mensaje al crucero inglés. - El capitán Maitland, comandante del *Bellerophon*, responde á este mensaje que no tiene instrucciones, pero que cree que la nación británica ofrecerá á Napoleón una hospitalidad digna de ella y de él. - Napoleón se restelva á ir á bordo del *Bellerophon*. - Recibimiento que le hacen. - Viaje á las costas de Inglaterra. - Curiosidad extraordinaria que inspira Napoleón á los ingleses. - Decisiones que toma respecto de él el gobierno británico. - Se elige la isla de Santa Elena para su detención. - Será considerado en esta isla como un simple general, con guardias de vista y reducido á la sociedad de tres compañeros de destierro. - Napoleón pasa del *Bellerophon* al *Northumberland*. - Despedida que dirige á la Francia y á sus amigos que no pueden seguirle. - Viaje á través del Atlántico. - Atenciones que dispensan á Napoleón los marinos ingleses. - Sus ocupaciones durante la travesía. - Refiere su vida, y á instancias de sus compañeros empieza á escribirla dictándola. - Larga duración de la travesía. - Llegada á Santa Elena después de sesenta días de viaje. - Aspecto de la isla. - Su constitución, su suelo y su clima. - Desembarco de Napoleón. - Su primera residencia en *Briars*. - Por la primera vez se halla sometido á una personal y continua vigilancia. - Disgusto que experimenta. - Primeras noticias de Europa. - Vivo interés que inspiran á Napoleón, Ney, La Bedoyere, Lavallete y Drouot. - Al cabo de dos meses pasa Napoleón á Longwood. - Habitación que ocupa. - Precauciones empleadas para custodiarle. - Su vida y sus ocupaciones en Longwood. - Napoleón no tarda en cobrar aversión á esta residencia, y no aprecia bastante las atenciones que le guarda el almirante Cockburn. - Sir Hudson Lowe enviado á Santa Elena en calidad de gobernador á principios de 1816. - Carácter de este gobernador y disposiciones de que se halla poseído á su arribo. - Su primera entrevista con Napoleón acompañada de incidentes lamentables. - Sir Hudson Lowe teme merecer, como el almirante Cockburn, la reconvencción de ceder á la influencia del prisionero. - Hace que se ejecuten los reglamentos con rigor. - Diversas causas de disgustos. - Injusta queja relativa á los gastos que hace Napoleón en Longwood. - Napoleón manda vender su vajilla de plata. - Partida del almirante Cockburn y llegada de otro nuevo, sir Pulteney Malcolm. - Excelente carácter de este oficial. - Sus inútiles esfuerzos para lograr la reconciliación entre Napoleón y sir Hudson Lowe. - Napoleón se acalora y ultraja á sir Hudson Lowe. - Ruptura definitiva. - Amarguras de la vida de Napoleón. - Sus ocupaciones. - Sus explicaciones respecto de su reinado. - Sus trabajos históricos. - Fin de 1816. - Mr. de Las Cases es expulsado de Santa Elena. - Tristeza que esto causa á Napoleón. - El día de año nuevo en Santa Elena. - Año de 1817. - No queriendo verse seguido al pasear á caballo, Napoleón no hace ejercicio y su salud se resiente de esto. - Recibe noticias de Europa. - Su familia le ofrece su fortuna y su compañía. - Napoleón no las acepta. - Visitas de algunos ingleses y sus conversaciones con Napoleón. - Sir Hudson Lowe, inquieto por el estado de la salud de Napoleón, en vez de ofrecerle *Plantation-House* manda construir una nueva casa. - Año de 1818. - Conversaciones con Napoleón sobre cuestiones literarias y religiosas. - Partida del general Gourgaud. - Napoleón se ve sucesivamente privado del almirante Malcolm y del doctor O'Meara. - Motivos de la partida de este último. - Napoleón se encuentra sin médico. - Instancias inútiles de sir Hudson Lowe para que acepte los servicios de un médico inglés. - Año 1819. - La salud de Napoleón se altera por falta de ejercicio. - Sus piernas se hinchan y los frecuentes vómitos que padece indican que su estómago está enfermo. - Consiguen que dé algunos paseos á caballo. - Su salud se mejora un poco. - Napoleón olvida su propia historia para ocuparse de la de los grandes capitanes. - Sus escritos sobre César, Turenne y Federico el Grande. - La salud de Napoleón vuelve á empeorar. - Dificultad de verle y de identificar su persona. - Indigna tentativa de sir Hudson Lowe para forzar su puerta. - Año 1820. - Llegada á Santa Elena de un médico y de dos sacerdotes enviados por el cardenal Fesch. - Napoleón los juzga insuficientes y se sirve de los dos sacerdotes para que digan la misa en Longwood todos los domingos. - Satisfacción moral que experimenta. - Napoleón, que no quería montar á caballo porque le espaban, se entrega al ejercicio de jardinería á instancias del doctor Antomarchi. - Trabajos que él y sus compañeros de destierro ejecutan en su jardín. - Esta ocupación llena una parte del año 1820. - Napoleón recupera algo de su salud. - Esta mejoría no es más que momentánea. - No tarda en experimentar fuertes dolores de estómago, sus piernas se hinchan, sus fuerzas se debilitan y se extinguen rápidamente. - Su satisfacción al ver que se acerca su muerte. - Su testamento, su agonía y su muerte el 5 de mayo de 1821. - Sus funerales. - Apreciación del genio y del carácter de Napoleón. - Su carácter natural y el adquirido bajo la influencia de los sucesos. - Sus cualidades privadas. - Su genio como legislador, administrador y capitán. - Lugar que ocupa entre los grandes guerreros. - Progreso del arte militar desde la antigüedad hasta la revolución francesa. - Alejandro, Aníbal, César, Carlomagno, los Nassau, Gustavo Adolfo, Condé, Turenne, Vaubán, Federico y Napoleón. - Altura á que elevó Napoleón el arte militar. - Paralelo de Napoleón con los principales grandes hombres de todos los siglos desde el punto de vista del conjunto de talentos y de destinos. - Lecciones que resultan de su vida. - Fin de esta historia.

En medio de la alegría que experimentaban por su entrada en París, los Borbones y los representantes de las cortes extranjeras no pudieron menos de sentir un vivísimo pesar al saber que Napoleón había logrado evadirse. Ni los unos ni los otros se creían seguros encontrándose en libertad el gran perturbador del mundo, y en su trastorno no sabían si su muerte sería un sacrificio debido á la tranquilidad general. Imputaban á

Mr. Fouché la desgracia de esta evasión, olvidándose ya de que había franqueado las puertas de París, para reconvenirle amargamente por no haber entregado á Napoleón, lo que daba ocasión á decir que hacía traición á todos los partidos. Así, pues, los Borbones y los aliados pasaron de un entusiasmo inmenso á un violento disgusto contra su favorito de los últimos días. Sólo Mr. de Talleyrand y el duque de Wellington se atrevie-